

LA TEORIA DE LA CICLICIDAD HISTORICA EN LA OBRA DE JOAN CRUZ DE ECHEBERRY Y EN LAS CRUCES DE HENDAYA Y SARA

SHANTI DE OARSO

Repetidas veces hemos hablado en estas mismas páginas de la cruz cíclica de Hendaya y el pasado año lo hacíamos de la enigmática figura de Joan Cruz de Echeberry, ofreciendo en OARSO la primicia de algunas notas sobre la fascinante vida del alquimista vasco. Nos interrogábamos entonces sobre la posible relación entre el autor —o inspirador, cuando menos— de la cruz de Hendaya y Echeberry.

La meditación pausada y la relectura apasionada del desenvolvimiento de diversos grupos herméticos surgidos en Europa en el siglo XVIII, me han llevado a ciertas conclusiones, forzosamente provisionales hasta que la investigación histórica no aporte nuevos datos sobre los canteros vascos del siglo de la Ilustración o sobre el pensamiento hermético desarrollado en nuestras latitudes.

Hay un hecho, sin embargo, que sin intención de magnificarlo pues es de escasa aunque no despreciable entidad, arroja cierta luz sobre lo que nos preocupa y que hasta ahora no había sido tenido en cuenta. Nos estamos refiriendo a la segunda cruz cíclica que se conoce en el País Vasco, a la cruz de Sara.

Cruz cíclica de Sara

Ambas cruces son de porte parejo y puede afirmarse, dado su estilo, que de ejecución muy cercana en el tiempo. Pero a nivel esotérico las diferencias entre una y otra son notables. En la cruz de Sara falta la inscripción latina que tiene la de Hendaya sobre su brazo horizontal: «O crux aves pes unica». Inscripción traducida por Fulcanelli tras rigurosa aplicación de las tan complicadas como precisas reglas de la Diplomática en lo referente a la permutación de vocales y a la relación de asonancias por: «*Está escrito que la vida se refugia en un solo espacio*».

Si la cruz propiamente dicha nos habla del espacio, su base lo hace del tiempo. Espacio y tiempo unidos una vez más, como no podía ser de otro modo, cuando se quieren transmitir verdades trascendentes...

Los pedestales de ambas cruces son muy semejantes. La diferencia fundamental estriba en que en el de Hendaya sus cuatro caras aparecen talladas, mientras que en el de Sara solamente lo está una, con el mismo tema que en Hendaya y que precisamente es la cara que simboliza el mensaje más rico en analogías temporales.

Esquemáticamente, se trata en ambos casos de un círculo (el mundo) dividido en cuatro sectores por dos diámetros perpendiculares formando una cruz (la redención). En cada uno de los sectores figura una A, símbolo de las cuatro edades del mundo: La edad de Oro, la de Plata, la de Bronce y la de Hierro. Estamos, pues, ante dos representaciones singularísimas del universo, del tiempo cualificado o tiempo sagrado y de la Redención. Ante el equivalente, reducido a esquema o simplificado al máximo, de los Pantócrator y Tetramorfos de las catedrales románicas y góticas.

Estilísticamente el pedestal de la cruz de Sara es más pobre de ejecución, como si se tratara de una copia del de Hendaya, con las novedades del alargamiento del círculo y de la claridad en el dibujo de las A, que en Hendaya tienen cierto aire a escuadra masónica.

Por otra parte, y volvemos a Joan Cruz de Echeberry, en su *De la Edad Oscura de la Humanidad* el herme-

tista vasco nos habla de los cuatro ciclos de la historia del hombre en el mundo y de la entrada ya en lo que él llama la Edad Oscura, equivalente a la Edad de Hierro o al Kali-yuga o Calgugán de la mitología hindú. Todo ello no es otra cosa que lo que los cristianos entendemos por los tiempos de la «abominación de la desolación». Pero Echeberry consigue sus mayores cotas metafísicas cuando tras hacer diversas consideraciones sobre el espacio y el tiempo sagrados reflexiona sobre el papel de Cristo al interrumpir en la historia del hombre en el momento de la Encarnación; «En este sublime momento se hace verdad la voluntaria entrada del Intemporal en el tiempo de los hombres, de lo Infinito en lo finito, de lo Desmesurado en lo continente».

Como se ve, tanto la obra de Echeberry como las cruces de Hendaya y de Sara nos están transmitiendo el mismo mensaje esotérico del ciclo de la Humanidad, manifestado por la Tradición bajo distintas formas, según cada civilización. Lo curioso del hecho es que se den manifestaciones tan coherentes y próximas, posiblemente cohetáneas y en área tan reducida. La cruz de Sara nos corrige nuestra primera idea de la relación directa de Echeberry con la de Hendaya, y al generalizar de algún modo los hechos, nos fuerza a tener que comenzar a pensar en algún tipo de sociedad iniciática que englobaría todas estas manifestaciones, tanto las literarias como la pétreas.

La historia comparada de diversos movimientos hermetistas franceses de la época avalarían esta suposición, aún cuando reconocemos los escasos datos que sobre todo ello tenemos. Creemos que es en este sentido en el que deben dirigirse nuestros futuros pasos.

Tanto si el tiempo confirma o no esta nueva teoría, de lo que no cabe duda es de que Joan Cruz de Echeberry se alza como uno de los grandes vascos universales y, sin duda, como nuestro mayor metafísico.

Por otro lado, en Sara y en Hendaya hay unas piedras, hoy olvidadas o consideradas a niveles casi folklóricos o de curiosidad local, que tallaron manos vascas guiadas por un conocimiento cosmográfico universal.

